

# MANOS

UNA MIRADA  
BÍBLICA SOBRE  
EL TRABAJO

# A LA

# OBRA

*Compilado de textos seleccionados*

  
SOCIEDAD BÍBLICA  
ARGENTINA

EDITORIAL  
JUCUM 



“Queremos que toda la gente, en todo lugar,  
se encuentre con Dios y su Hijo Jesucristo a través de la Biblia,  
en el idioma en el que piensa y siente,  
en formatos que favorezcan el entendimiento,  
y sin que el dinero sea un impedimento.

Servimos a las iglesias, traduciendo, publicando, difundiendo  
y exaltando la Palabra de Dios.”

La Sociedad Bíblica Argentina pertenece a una fraternidad mundial, las Sociedades Bíblicas Unidas, que sirve en más de 240 países y territorios. En la Argentina se distribuyen millones de Escrituras cada año, principalmente en castellano, pero también hemos traducido y distribuido Escrituras en idiomas indígenas de nuestro país: toba, mocoví, wichí y chorote, entre otros. Te invitamos a participar en este ministerio con tus oraciones y ofrendas. Comunícate con alguna de nuestras casas; con mucho agrado te proporcionaremos mayor información.

Editorial JUCUM forma parte de Juventud con  
una Misión, una organización de carácter internacional.

Editorial JUCUM  
P.O. Box 1138, Tyler, TX 75710-1138 U.S.A.  
Correo electrónico: [info@editorialjucum.com](mailto:info@editorialjucum.com)  
Teléfono: (903) 882-4725  
[www.editorialjucum.com](http://www.editorialjucum.com)

Creados para florecer: El plan divino para las personas, comunidades y naciones  
Copyright ©2019 por Editorial Jucum

La herencia del cristianismo: el legado de dos milenios por César Vidal  
Copyright © 2014 por Editorial JUCUM

VIDA, TRABAJO Y VOCACIÓN: Una teología bíblica del quehacer cotidiano  
Copyright © 2011 por Darrow L. Miller

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna —a excepción de breves citas para reseñas literarias sin el previo permiso escrito de Editorial JUCUM.

A menos que se especifique otra cosa, las citas bíblicas que aparecen en este libro pertenecen a la versión Santa Biblia, Reina-Valera 1060 (RVR1960)© Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Usada con permiso.

NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL® NVI® (Castellano) © 1999, 2005,  
2017 por Bíblica, Inc.® Usada con permiso de Bíblica, Inc.®  
La Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010.

Todos los derechos reservados.

# ÍNDICE

- 1**      **INTRODUCCIÓN:**  
UNA INVITACIÓN A MIRAR  
MÁS ALLÁ DE LA BRECHA
- 2**      **COSMOVISIONES:**  
EL LENTE A TRAVÉS DEL  
CUAL VEMOS EL TRABAJO  
*Darrow Miller*
- 13**     **EL LEGADO DE LA REFORMA:**  
VER EL TRABAJO A LA  
LUZ DE LA BIBLIA  
*Cesar Vidal*
- 17**     **CREADOS PARA CREAR:**  
NUESTRO TRABAJO COMO  
REFLEJO DE LA OBRA DE DIOS  
*Dwight Vogt*
- 21**     **VIDAS TRANSFORMADAS:**  
EL IMPACTO DE UNA VISIÓN  
BÍBLICA ACERCA DEL TRABAJO  
*Michael Baer*
- 24**     **CORAM DEO:**  
MIRÁ LA BIBLIA Y DESCUBRÍ  
TU VERDADERA VOCACIÓN  
*Darrow Miller*



## INTRODUCCIÓN:

### UNA INVITACIÓN A MIRAR MÁS ALLÁ DE LA BRECHA

Muchas veces la división que hacemos entre lo que consideramos “secular” y lo que consideramos “sagrado” o “espiritual” de nuestra vida, hace que al momento de interactuar con la Biblia creamos que hay cosas que a Dios le importan más que otras.

Esto puede llegar a generar una fuerte tensión en cada uno de nosotros, puesto que nos empuja a jerarquizar y fragmentar los distintos aspectos de la vida. Nos empuja a creer que solamente las actividades de la iglesia y las disciplinas espirituales como la oración y la meditación en la Palabra son las “cosas de Dios”, mientras que el resto de las actividades en las que ocupamos nuestra semana (como el trabajo, el estudio, las amistades, el ocio y el descanso) son menos importantes y aún podemos llegar a considerarlas una distracción de lo que efectivamente importa.

Pero la verdad es que Dios no solo es el Dios del domingo durante las horas que dura la reunión en la iglesia. Él es el Dios de las 168 horas de la semana. Él es el Dios que creó el tiempo y el espacio. Él es el Dios de cada molécula y de cada estrella. Él es el Dios de todas las naciones. Él es el Dios soberano de toda la tierra.

Lo “sagrado” y lo “secular” no son dos categorías de la realidad. Sólo hay una realidad, y Dios la posee completamente; Él es el creador de la realidad. Su reino no está restringido a la religión. Dios tiene el poder de moverse en cada esfera de la vida y en cada lugar. Las artes, la educación, los negocios, la economía, la familia, la medicina, la política y aún también de la diversión.

A través de la Palabra de Dios nos encontramos con Dios y su Hijo Jesucristo, y este encuentro lo transforma todo, incluso nuestra manera de ver el mundo y vivir nuestra vida. Dios, a través de su Palabra, tiene algo para decir acerca de tu día a día y quiere enseñarte a que, en cada cosa que hagas, en cualquier lugar en donde estés y junto a quien sea que te encuentres, puedas reflejar su amor y vivir para su gloria.

Esperamos que a través de este libro de lecturas seleccionadas, puedas reflexionar acerca de lo que la Biblia enseña sobre uno de los aspectos más importantes de la vida: el trabajo. Y que este proceso de reflexión te ayude a construir puentes entre el sermón del domingo y tu lugar de trabajo el lunes (y el resto de la semana). Que en la Palabra de Dios, encuentres las herramientas necesarias para mirar más allá y cerrar la brecha entre lo sagrado y lo secular.

Con cariño:

**Editorial JUCUM y Sociedad Bíblica Argentina**

## COSMOVISIONES: EL LENTE A TRAVÉS DEL CUAL VEMOS EL TRABAJO

---

**Por Darrow Miller** (publicado en Vida, Vocación y Trabajo)

En el mundo occidental, muchos adultos pasan la mitad de sus horas de vigilia trabajando. En muchos países en desarrollo, el número de horas dedicadas al trabajo es aún mayor. Y, pese a tanto tiempo consumido, rara vez se reflexiona en estas cuestiones. ¿Qué es el trabajo? ¿Por qué trabajamos? Arrastramos mayormente vidas irreflexivas; hacemos las cosas que nuestros padres y madres hicieron, en algunos países, por generaciones, sin ninguna explicación. El solo hecho de tener en cuenta estos asuntos podría originar un reordenamiento radical en la vida.

Como ocurre con todas las preguntas importantes, las respuestas dependen en última instancia de la propia cosmovisión.<sup>1</sup> La cosmovisión que se profesa determina cómo se ve el mundo, la clase de vida que se lleva, y la clase de sociedad que se crea. La cosmovisión modela la respuesta a las cuestiones metafísicas que todos nos planteamos: preguntas básicas acerca de la naturaleza de la realidad. Hay una cosmovisión objetiva, la cosmovisión bíblica. Todas las demás, en mayor o menor grado, son una distorsión de la realidad que Dios ha creado.

### EL PODER DE LA NARRACIÓN

Todos los humanos son seres sociales. Asimilan la mentalidad, la manera de ver el mundo, de su propia cultura. Tienden a pensar cómo piensa su cultura y a valorar lo que ella valora. Esto es parte de lo que significa ser humano. Cuando uno se acerca a Cristo, necesita comenzar a renovar su mente. La palabra arrepentimiento —la palabra griega *metanoeo*— significa literalmente cambiar de forma de pensar. Arrepentirse es comenzar a ver el mundo como Dios lo hizo y acto seguido vivir y actuar dentro de ese marco. Hemos de tener la mentalidad de Cristo; hemos de llevar todo pensamiento cautivo a Cristo; ya no debemos conformarnos al mundo, sino ser transformados mediante la renovación de nuestra mente.<sup>2</sup> Cuando se acude a Jesucristo es necesario comenzar a pensar «cristianamente». Hemos de acercarnos cada vez más a la mente de Él, no a la mente heredada de nuestra cultura.

En la medida en que las cosmovisiones de una cultura distorsionan la realidad, son inadecuadas para mostrar la naturaleza de Dios, el mundo, y nosotros mismos, tal como son y tal como somos. A menos que hayamos renovado deliberadamente nuestra forma de pensar conforme a la cosmovisión del reino, la cosmovisión cultural determinará, consciente o inconscientemente, la idea que tenemos del trabajo. Además del teísmo bíblico, hay dos cosmovisiones principales: el secularismo, que propugna que la realidad es sólo física, y el animismo, que asume que el universo es en última instancia espiritual. Tristemente, la cosmovisión de una buena parte del mundo evangélico —carismático y pentecostal— actual no es el teísmo bíblico, sino más bien un subconjunto de la concepción animista, un dualismo griego que divide la realidad en física y espiritual y asume que la espiritual es más importante.

Cada una de estas cosmovisiones nos proporcionan una visión empobrecida del universo, lo cual, a su vez, empobrece a individuos, naciones y sociedades enteras. Esto resulta visible tanto en los países «desarrollados» como en los que están en «vías de desarrollo», aunque la tendencia se despliega en direcciones muy distintas. ¿Cómo pueden estas cosmovisiones conformar su propia concepción de la vida y el trabajo?

### **EL SECULARISMO: EL PRECIO DEL CONSUMO**

La madre Teresa, quien visitaba en cierta ocasión la ciudad de Nueva York procedente de Calcuta —una de las ciudades físicamente más pobres del mundo, donde ella residía—, confesó que nunca había visto tanta pobreza como en Nueva York. Comprendió perfectamente la triste verdad: La sociedad occidental ha intercambiado en gran medida el desarrollo material por la bancarrota moral y espiritual.

El concepto de trabajo que predomina actualmente en gran parte del mundo occidental, incluidos Canadá y Estados Unidos, está definido por el paradigma materialista o secular. Según esta concepción, no hay realidad espiritual, sino sólo física. Desde esta perspectiva, ¿qué función realiza el trabajo? Proporciona acceso a las cosas materiales. El propósito del trabajo es facilitar el acceso al consumo. El hombre es un animal, un animal altamente evolucionado, pero básicamente un consumidor. Según este paradigma, el hombre carece de valor intrínseco. No existe Dios a cuya imagen haya sido creado y que dé valor a su vida.

En vez de ello, el valor de un ser humano es determinado por lo que tiene. De acuerdo a esta concepción, cuanto más consumamos, mejor será la vida. Como reza un proverbio anglosajón: «Gana quien muera con más juguetes». Consecuentemente, el éxito en el lugar de trabajo significa subir algunos peldaños en la escala profesional, acumular más dinero o poder con objeto de consumir más.

Muy lejos de las intenciones de Dios, el trabajo en Occidente es mayormente utilitario y auto-gratificante; las metas que busca son el dinero, el poder, el ocio, y la autorrealización. El hedonismo predomina: «Come, bebe y regocíjate, porque mañana morirás»

### **EL COSTO DEL CONSUMO**

Las consecuencias de esta concepción de la vida y el trabajo son sistémicas tanto para los individuos como para las sociedades. El hogar y la comunidad menguan mientras que el trabajo pasa a ser el principal medio social. Dado que la vida queda reducida a la posesión de cosas, la gente sacrifica lo que el dinero no puede comprar —su identidad espiritual, sus matrimonios e hijos, sus amigos y familias— a cambio de éxito en la vida pública, de hacer lo que haga falta para salir adelante. La verdad y la virtud ceden paso al pragmatismo. El profesionalismo sustituye al carácter como principal virtud. No hay fundamento metafísico para la creatividad. El futuro desaparece barrido por el consumo presente. El servicio a la comunidad

se pierde y se sirve al propio yo. La mayordomía de la creación es reemplazada por un abuso de recursos destinados al consumo opulento. Finalmente, la gente yerra tocante a su destino en la vida, y no sólo gasta el dinero ganado a base de esfuerzo, sino también sus días en cosas que no pueden satisfacer el alma humana.

El crítico social Os Guinness describe este desvío de la cosmovisión bíblica en las sociedades occidentales como una mudanza de una «economía profesional» a una economía comercial»<sup>3</sup>. No obstante, desde los tiempos de la Edad Media, la educación ha buscado un propósito más amplio: enriquecer y formar a la persona interior por lo que respecta a la fe y a la capacidad de pensar racional y comprensivamente en la vida y sus muchos elementos: crecer en sabiduría, así como en estatura. Las primeras universidades europeas fueron fundadas como escuelas de la iglesia, en realidad, con la perspectiva clara y deliberada de acumular conocimiento y estudio. En América, las escuelas se fundaron no sólo para enseñar lectura, escritura y aritmética, sino también para formar mejores ciudadanos para el reino de Dios. Los programas educativos hacían frecuentes referencias a la información bíblica y a una franca instrucción moral. Esto se extendió a la educación superior, cuando las primeras universidades fueron fundadas por las iglesias, como lo habían sido sus predecesoras europeas. Hubo centros educativos para clérigos novicios, así como para jóvenes con distintas orientaciones ocupacionales, en los que la mayor parte de las materias comunes y formativas se veían como una buena base para cualquier dirección digna en la vida.

Sin embargo, en el siglo XX empezó a producirse un cambio en la concepción social del propósito de la vida e importancia del trabajo. Lo reconocieran o no conscientemente los individuos, el sentido de la vida quedó reducido al trabajo a fin de producir y asegurar que hubiera en la sociedad riqueza para el consumo. El mercado llegó a ser crítico para determinar la autoestima. La gente capaz de ganar mucho dinero era considerada más valiosa que la que no lo lograba. De modo que, el móvil por el que un alumno asistía a la escuela, o incluso a la universidad, ya no era el aprender y crecer como persona, sino aspirar a conseguir un empleo al finalizar sus estudios.

Cuando el sentido de la vida se atrofia de esta manera y cuando el valor de la persona depende de cuánto dinero gana, a cuánto asciende la nómina, sobreviene la ruina en los asuntos verdaderamente importantes. Según este paradigma, el trabajo se convierte en un dios, un ídolo; el buen impulso de la humanidad hacia el trabajo diligente se ve distorsionado cuando el trabajo se separa del Creador y del reino de Dios. El trabajo se convierte en un escape de las presiones de una vida quebrada o sin sentido. La gente se aficiona al trabajo como un medio para huir de vidas y sociedades superficiales, no escrutadas y sin sentido moral, intelectual y espiritualmente empobrecidas. Pero lo más trágico de nuestra sociedad adicta al trabajo es que al estar éste separado de Dios, llega a ser igualmente absurdo. Lo que prometía ofrecer realización acaba generando más desesperanza.

Como cristianos occidentales, experimentamos la desesperanza y el empobrecimiento de la moderna economía comercial en varios niveles, en función de cuán aclimatados estemos a la cultura que nos rodea. Algunos podemos estar viviendo



como nuestros vecinos hasta tal punto que no nos damos cuenta, juzgando a otros y a nosotros mismos con el rasero de la prosperidad alcanzada y concediendo inconscientemente un valor indebido a lo que el dinero puede adquirir. Podemos imponernos gran presión sobre nosotros mismos para dar la talla ante otros con una carrera prestigiosa, o edificar un estilo de vida deseable o proveer abundantemente para la familia. Podemos estar continuamente insatisfechos, siempre pensando en que la vida nos iría mejor —en realidad, por fin comenzará— si tan sólo pudiéramos comprar una casa, aumentar el espacio disponible, trasladarnos a un mejor vecindario, terminar de pagar la hipoteca, disfrutar las vacaciones soñadas o jubilarnos anticipadamente. En suma, no darnos cuenta de que estamos basando nuestras metas, prioridades y planes en una premisa falsa, y olvidar el choque irreconciliable entre la mentalidad de las Escrituras y la que impera en nuestra sociedad.

Alternativamente, podemos experimentar una enorme discrepancia reconociendo estas tendencias culturales en nosotros mismos y desmayar ante la brecha abierta entre la verdad que creemos y lo que real y fundamentalmente vivimos. Nos cuesta trabajo escuchar a Jesús decir: «Por eso les digo: No se preocupen por su \*vida, qué comerán o beberán; ni por su cuerpo, cómo se vestirán. ¿No tiene la vida más valor que la comida, y el cuerpo más que la ropa?» (Mat. 6:25). Tenemos una buena idea de dónde debemos estar y de lo que queremos ser y nos inquieta constatar hasta qué punto no sólo estamos en el mundo sino que somos de él. Acerca de nuestras necesidades materiales Jesús dijo: «Porque los paganos andan tras todas estas cosas» (Mat. 6:32), y a veces nosotros no somos muy diferentes. En una cultura en que las expectativas materiales son tan altas, nosotros también podemos apreciar que nuestras familias pugnan, que sus lazos con la comunidad se tensan, su identidad en Cristo es incierta y que somos zarandeados de acá para allá.

Nosotros también podemos desesperarnos al divisar la brecha que divide lo que pensamos que debería ser la vida y la absurdidad que a veces experimentamos, ya sea profunda o fugazmente, respecto a las repetitivas mecánicas de mantenimiento del status quo, a sabiendas de que muchos a nuestro alrededor sufren, que nosotros y el mundo necesitamos algo radicalmente distinto.

No sólo los cristianos experimentan tal discordancia. Muchos conocidos nuestros en comunidades, universidades, puestos de trabajo y escuelas infantiles se dan cuenta de que la vida es más que puro consumo. Procuran vivir con propósito, intencionalmente, conforme a una escala de valores más profundos. Muchos están entregados a la mera subsistencia, rechazan frontalmente la cultura materialista. Otros se vuelven ecologistas. Otros trabajan para construir comunidades más sanas en su ciudad de origen o en algún lugar remoto. Son voluntarios, activistas. Se preocupan. Tienen celo. Aunque ignoran que el reino de Dios es lo que dará sentido a su deseo y responderá a la desolación que irradia en todos los segmentos de la vida humana, perciben agudamente la necesidad.

Muchos de nosotros experimentamos esta disonancia debido a que la necesidad —la carencia— es real. Dios nos creó para una vida muy diferente. La vida tal como la experimentamos, y todo lo que sabemos de nosotros mismos, sencillamente no

concuerta con el paradigma materialista secular.

Como cristianos en medio de una cultura materialista, compartimos con muchos buscadores un hambre feroz de la invitación contracultural del Hacedor del universo, sabedor de cómo y por qué nos creó. «¡Vengan a las aguas todos los que tengan sed! ¡Vengan a comprar y a comer los que no tengan dinero! Vengan, compren vino y leche sin pago alguno. ¿Por qué gastan dinero en lo que no es pan, y su salario en lo que no satisface? Escúchenme bien, y comerán lo que es bueno, y se deleitarán con manjares deliciosos. Presten atención y vengan a mí, escúchenme y vivirán.» (Isa. 55:1-3).

### **ANIMISMO: LA MALDICIÓN DEL DESTINO**

Hay millones de personas en el mundo en desarrollo que también se mueren por oír esta invitación gratuita del Creador y Salvador del universo. Ignorando su verdadera identidad, y el verdadero carácter de Dios y su creación, ellos también experimentan la muerte de su alma. Y no sólo eso, sino también la de sus propios cuerpos.

En muchos países del mundo donde la gente está materialmente empobrecida, algunas personas son perezosas, ya que perezosos los hay en todas partes. Pero la inmensa mayoría invierte largas y agotadores horas de trabajo para lograr escaso provecho. Incluidos brillantes jóvenes universitarios, víctimas de economías estancadas que les ofrecen escasas oportunidades de trabajo. Otros encuentran empleos en un sector público que no sabe sacar provecho de tan inmenso yacimiento de talento.

La causa del estancamiento de esas economías es en gran parte achacable a la conducta corrupta y codiciosa de funcionarios de gobierno y caciques mercantilistas que las controlan. Esta conducta está institucionalizada en leyes y estructuras contrarias a la libertad que, ora despojan a los pobres del fruto de su trabajo, ora les privan completamente de una oportunidad de empleo. Los estilos autocráticos de liderazgo aplastan la iniciativa, la innovación y la creatividad. Las economías planificadas y la corrupción generalizada minan la iniciativa económica. La falta de derechos de propiedad y de patente impide que esforzados trabajadores y artesanos disfruten de su merecida recompensa.

Todo esto brota de culturas corruptas en las que el soborno es un estilo de vida, donde no hay desafíos morales o metafísicos. Tales culturas se suelen apoyar en un sistema de creencias animista tradicional en el que los espíritus animan la naturaleza. Desde esta perspectiva, la responsabilidad moral de la humanidad es extirpada; la gente queda en manos del «destino» o de espíritus indiferentes, o incluso hostiles. A través de estas lentes de fatalismo, la razón y el esfuerzo por incrementar el conocimiento y la capacidad de uso o transformación de recursos naturales tienen, por lo visto, poco valor. Según esta cosmovisión, el trabajo es una maldición del destino. Un elemento más de la miseria humana. Un esfuerzo penoso. Se trabaja para subsistir.

## ANIMISMO: EL NUEVO PAGANISMO

Recuerdo que una vez conocí a un africano occidental después de haberme oído disertar acerca de este tema. Me dijo: «Le puedo poner un ejemplo. En mi país todos los jóvenes quieren asistir a la universidad, para, después de graduarse, conseguir un empleo de “traje y corbata”». Desean colocarse en la administración pública para trabajar en una oficina climatizada, conducir un auto con aire acondicionado y devengar un salario sin esforzarse realmente. Hablaba en serio. Así es como la gente concibe el trabajo en buena parte del mundo en vías de desarrollo —como una maldición de la que hay que escapar.

## LA MALDICIÓN DEL DESTINO

En algunos países en desarrollo muchos individuos exhiben uñas largas en el dedo meñique como signo de su desdén al trabajo. Puesto que uno no puede llevar a cabo un duro trabajo físico y dejarse crecer largas uñas, lo que en realidad ponen de manifiesto ante todo el mundo es que ellos están por encima del trabajo manual: forman parte de la elite.

Cuando el trabajo es una maldición, lo que uno quiere es que otras personas trabajen para él. En muchos países existe la aristocracia porque se menosprecia el trabajo. Se piensa que éste es malo, por eso los aristócratas tienen sirvientes y esclavos que hacen el trabajo por ellos. Esta cultura de pobreza perdura en la antigua Unión Soviética. Dos proverbios rusos la ilustran: «El trabajo ama a los necios» y «los listos no trabajan»<sup>4</sup>.

Yo discutí acerca de esto con Xiomara Suárez, una amiga venezolana. Ella se sabía una canción y me la cantó. Un año después asistimos a una conferencia y le pedí que me cantara aquella canción porque ilustra con acierto la actitud hacia el trabajo que impera en su país. Cuando empezó a cantarla, en español, otros cuatro o cinco individuos de habla hispana se le añadieron inmediatamente. Yo pensé que era una canción venezolana, pero era obvio que se trataba de una canción folclórica bien conocida en el mundo hispano. Se titula: «El negrito del Batei»

*A mí me llaman el negrito del batey  
Porque el trabajo para mí es un enemigo  
El trabajar yo se lo dejo todo al buey  
Porque el trabajo lo hizo Dios como castigo.*

Imagínese toda una cultura que canta esta canción en todo tiempo. El trabajo es un castigo. ¿Para qué fue hecho el trabajo? Para los animales, no para el hombre. La canción continua así:

*A mí me gusta el merengue apambichao  
Con una negra retrechera y buena moza*

*A mí me gusta bailar de medio lao...*

*A mí me llaman el negrito...*

*Y di tú si no es verdad*

*Merengue mucho mejor*

*Porque eso de trabajar*

*A mí me causa dolor...*

¿Por qué son algunas naciones pobres? Cuando se piensa que el trabajo es una maldición uno lo evita y no respeta el trabajo de otros. El trabajo y el esfuerzo son degradantes. En naciones enteras en las que uno aspira a evadirse del trabajo y en las que los que tienen poder viven de forma corrupta a costa del esfuerzo de los más débiles, ¿qué se tenderá a producir? Pobreza, no prosperidad. La raíz de la pobreza es un empobrecimiento moral y espiritual tan trágico como el de Occidente, con millones de individuos arrancados de su historia personal y del mundo.

Aunque conozcamos la prosperidad y pensemos que no tenemos nada que ver con el animismo, aún podemos hallar destellos de la concepción animista en nuestra forma de pensar. La letra de «El negrito del Batei» y la identificación de multitudes con ella no resultan muy chocantes para muchos de nosotros. Con distinto olfato cultural, los mismos sentimientos se entrecruzan en las mesas de millones de restaurantes, bares y comedores de familia todos los viernes por la tarde. Casi todo el mundo da gracias a Dios cuando llega el viernes. Hay incluso un restaurante con el acrónimo TGIF: Thank God Is Friday! (Gracias a Dios hoy es viernes) donde se puede celebrar debidamente el fin de la semana laboral. Como niños rescatados por la campanilla de una escuela, al salir del trabajo damos las gracias a Dios de que por fin llegó el viernes, cuando el tiempo nos pertenece, cuando acontece la «vida real». Por supuesto, podemos sentirnos satisfechos por el trabajo bien hecho y felices por descansar como Dios manda. Pero el sentimiento no suele circular en esa onda.

Por muchos años, George Jones, leyenda de la música country estadounidense, iniciaba el fin de semana, en muchas emisoras de radio de Estados Unidos, con el hit «Viernes por fin»<sup>5</sup>. Como la letra de «El negrito del Batei», la del «Viernes por fin» es una ventana desde la que se atisba lo que piensa y siente la gente acerca del trabajo. La letra contrasta el melancólico «blues del trabajo» de una semana laboral apenas superada con la diversión de un fin de semana «libre y desenfrenado», con dinero en abundancia y tiempo para malgastar. Aunque la mayoría, probablemente, no corramos el viernes a la salida del trabajo a sentir esa libertad con alcohol y mujeres, como narra esta canción, tal vez todos nos identifiquemos con los temibles lunes...y martes, miércoles y jueves. Podemos identificarnos plenamente con el contraste entre el blues del trabajo y el dulce anticipo de la libertad. Aunque las imágenes que evoca esta canción puedan resultar extrañas a algunos estadounidenses, como las de la canción folclórica caribeña, la balada clásica de este país se oye incluso en la adicta cultura al trabajo occidental. Este podría ser nuestro lema: «Viernes por fin; libre otra vez».

Tampoco en esto los cristianos son inmunes a la vida de pensamiento y al panorama emocional de sus culturas. Al igual que experimentamos un forcejeo con la interesada exaltación materialista del trabajo, podemos sentir una gran discrepancia entre lo que lo que nuestra fe cristiana afirma acerca del carácter sagrado del trabajo y lo experimentado como desdicha del mismo. Aunque nosotros conozcamos la verdad, hay veces en que actuamos como si el trabajo fuera una maldición. Aun cuando podamos disfrutar a veces del trabajo, y en nuestros mejores días lo experimentemos incluso como una vocación, hay otras veces en que nos sorprendemos actuando o pensando como si fuéramos esclavos del mismo, como si estuviéramos dispuestos a abandonarlo en la primera oportunidad, como si no tuviera valor intrínseco ni conexión inherente con quiénes somos realmente o qué nos proponemos.

Podemos saber que Dios no instituyó el trabajo como una maldición; que Dios nos creó a su imagen y nos hizo trabajar como hace Él, con gran propósito y recompensa. Pero para decepción e inquietud nuestra, el trabajo, en la experiencia real, suele ser más una cuestión de supervivencia que de cumplimiento del destino. Podemos trabajar sencillamente para suplir nuestras necesidades y las de nuestra familia, aun cuando no tengamos muy claro qué necesitamos, aunque, desde luego, necesitemos alimento, techo y vestido. Podemos trabajar sencillamente para sobrevivir. A cierto nivel podemos sentirnos atrapados, como verdaderos animistas, a merced de fuerzas que escapan a nuestro control. Para atender a estas necesidades, debido a la dura realidad de la vida, sacrificamos las horas laborales de nuestros días —pero no más—. Cuando llega el fin de semana, o los días libres, los saludamos con dulce alivio.

Tristemente, la dulzura no suele durar. Después de haber pasado toda la semana insatisfechos y esperando cosas nuevas, solemos insistir en la misma forma de pensar, atascados en la rutina. Los días libres, con todas nuestras esperanzas colgadas de ellos, suelen acarrear desilusión. Es imposible separar la concepción del trabajo de la concepción de la vida. Descubrimos que las esperanzas de una vida feliz y plena de sentido no se pueden cumplir en unos pocos días con exclusión del resto. Nos topamos con la verdad: en vez de una maldición, o medio de subsistencia, el trabajo constituye el núcleo de la propia identidad y es fundamental para establecer un propósito de vida.

## **UN DUALISMO NO BÍBLICO: LUGAR DE CRUZADA ESPIRITUAL**

La iglesia evangélica moderna, en vez de proporcionar una cosmovisión que desafié el trágico empobrecimiento de los paradigmas animista y materialista, se ha retirado en gran medida de la vida pública y ha abandonado la cultura y la calle. En reacción al avance de la concepción secular en la sociedad moderna, buena parte del liderazgo de la iglesia a principios del siglo XX abandonó la cosmovisión bíblica y adoptó la versión cristiana de la antigua cosmovisión dualista que divide el universo en la esfera espiritual, buena y santa, y la esfera física, mala y profana. (Rastreamos cómo este pensamiento dualista infectó a la iglesia en el capítulo 2.) Las consecuencias son bien conocidas para muchos de nosotros.

## DUALISMO EVANGÉLICO

El cisma percibido entre el cielo y la tierra, el mundo espiritual y el físico, ha adoptado dos formas en el pensamiento cristiano sobre el trabajo: una «vocación superior» y un «campo para la actividad espiritual».

La primera manifestación de este pensamiento dualista entre los cristianos es el deseo de una vocación superior. Según esta mentalidad, es mejor dejar atrás el medio secular y pasar al ruedo espiritual para ser obreros cristianos a «tiempo completo». Sólo los evangelistas, los fundadores de iglesias, los pastores, los misioneros y los teólogos hacen obra plenamente cristiana según esta concepción, porque sólo estos tipos de obra son espirituales. Las profesiones que «prestán servicios» (asistentes sociales, auxiliares benéficos, consejeros, etc.) están en una segunda fila, cerca del ministerio «a tiempo completo». Por otro lado, la contabilidad, la carpintería, el cine, el arte, la agricultura y el servicio doméstico son actividades seculares, y por lo tanto, inferiores. Menos espirituales.

De manera que los cristianos abandonarán el puesto de trabajo porque su deseo es ser más espirituales. Cuando los cristianos no salen al campo misionero sino permanecen en sus comunidades para realizar la obra «secular» que hacían antes de ser creyentes, se les hace a menudo sentirse culpables.

## UNA VOCACIÓN SUPERIOR

El segundo concepto sostiene que el puesto de trabajo secular es una plataforma para la actividad espiritual. La idea es que si no podemos ser obreros cristianos a tiempo completo, deberíamos hacer actividad espiritual en el lugar de trabajo. Según esta mentalidad, el celebrar estudios bíblicos y reuniones de oración en el lugar de trabajo justifica nuestra existencia como cristianos no inmersos en la misión. Nos permite funcionar en el ámbito inferior porque estaremos llevando el ámbito superior al inferior. Pero este razonamiento sigue estando enmarcado por la dicotomía bíblica, la percepción que uno tiene de estar viviendo en dos mundos.

No sólo pugnan los cristianos en el campo profesional viviendo en dos mundos, también lo hacen en el despliegue. Cuando se percibe una división entre el llamado mundo espiritual y el secular, el trabajar en el extranjero pasa a ser el despliegue superior. Trabajar en su tierra sería el despliegue inferior. Muchos cristianos se sienten culpables de no trabajar en el extranjero porque esa es la llamada superior. Quedarse en casa significa ser un cristiano de segundo rango. Pero no bastaría con eso. Si se acepta este pensamiento no bíblico, no bastaría con salir al extranjero. Según algunos, el trabajar en la Ventana 10/40, o entre grupos étnicos no evangelizados, es lo más espiritual, mientras que las misiones en otras culturas son sólo de segundo orden.

Toda esta enseñanza es reflejo de un paradigma no bíblico que ha consentido que los individuos sean meras sombras del designio de Dios, que la iglesia, en gran parte, se haya desconectado de la cultura, las comunidades se hayan atascado en



la pobreza y las naciones hayan quedado sin discipular. Nunca ha habido más cristianos o iglesias en el mundo como hay actualmente. En los últimos cincuenta años ha habido un avance sin precedentes en la evangelización, la fundación de iglesias y el crecimiento de las mismas.

En muchas partes del mundo hemos tenido mucho éxito en las iniciativas emprendidas: salvar almas, fundar iglesias y desarrollar mega-iglesias. Pero ¿con qué resultado? La pobreza material sigue reinando en los países en desarrollo que han sido evangelizados; mientras tanto, la pobreza moral y espiritual prevalece en el Occidente «cristiano».

En muchas partes del mundo donde la iglesia está progresando, el crecimiento tiene «un kilómetro de ancho y una pulgada de profundidad». Ha olvidado su función de ser sal y luz en la sociedad, de acercar el reino de Dios e iluminar cada día las calles y la vida pública, y cuando es necesitada, ser una voz profética. En este olvido, la iglesia ha llegado a ser en buena medida impotente.

Acometemos esta horrible situación en un momento de oportunidad sin precedentes. El comunismo se ha hundido en todo el mundo. El paradigma materialista ha sido hallado gravemente deficiente en Occidente, alimentando el cuerpo pero no el alma, de manera que en medio de toda nuestra riqueza relativa, o incluso lujo, se están dando signos crecientes de miseria humana. Mientras tanto, la iglesia afronta grandes desafíos que rayan en su supervivencia, en algunos lugares, y el Islam sigue creciendo en todo el mundo. Éste suspira por un cristianismo vibrante que responda a la profunda crisis moral, espiritual, social económica y política que se sufre en muchos lugares.

¿Por qué no está preparada la iglesia para responder? Porque la vida y el trabajo cristianos se han separado de su cosmovisión bíblica fundamental y del fin hacia el cual se mueve: el reino de Dios. Sin un marco trascendente que englobe todas las áreas de la vida, el propósito de ésta se trunca en el deseo de morir para ir al cielo. Hemos perdido el marco más amplio en el que se entiende que la vida y el trabajo están conectados —conectados con Dios a través de la adoración, con otros a través del servicio y con la creación a través de la mayordomía—. Nuestras vidas y trabajos se han separado mayormente de su misión, y esto brota en última instancia de una pérdida de la cosmovisión bíblica. Cuando se ha sucumbido al pensamiento dualista, la mayor parte de la vida —la parte supuestamente «secular»— es informada por las concepciones empobrecidas de la cultura, por elementos de materialismo y animismo descritos más arriba, no por la verdad testificada en las Escrituras.

¿Cómo ha llegado la iglesia de Jesucristo, y personalmente muchos de nosotros a esta posición de impotencia? En el próximo capítulo rastreamos las raíces del dualismo en la herencia cristiana para poder dejar atrás este pernicioso paradigma de una vez por todas y oír verdaderamente a Dios decir, a nosotros y a toda la humanidad: «Presten atención y vengan a mí, escúchenme y vivirán...» (Isa. 55:3; cursiva)

añadida). La vida —todos sus aspectos, cada día de la semana, personal y corporativamente— se halla en el Dios que creó y sostiene el cielo y la tierra y todo lo que en ellos hay. El dualismo, como veremos en los próximos capítulos y en el resto de este libro, es contrario a la fe cristiana y falsea la realidad.

### **Bibliografía:**

1. Para ahondar más en las cosmovisiones consúltese mi libro *Discipulando Naciones: El Poder de la verdad para transformar culturas* (Tyler, Texas Editorial JUCUM, 2018) o el de James W. Sire *The Universe Next Door: A Basic Worldview Catalog* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1997).
2. Véase 1 Cor. 2:16; 2 Cor. 10:5; Rom. 12:2.
3. Os Guinness, *The Call: Finding and Fulfilling the Central Purpose of Your Life* (Nashville: Word Publishing, 1998), 141.
4. Me lo contaron en una conferencia de visión en Rostov, Rusia, junio, 2002. Para más información acerca de conferencias de visión, consúltese la página Web de Disciple Nations Alliance, [www.disciplenations.org/vc](http://www.disciplenations.org/vc).
5. Bobby Boyd, Dewayne Mize, Dennis Robbins, and Warren Haynes, "Finally Friday," Trevecor Music Corporation (Title Code: 360247010).



## EL LEGADO DE LA REFORMA: VER EL TRABAJO A LA LUZ DE LA BIBLIA

**Por Cesar Vidal** (publicado en La Herencia del Cristianismo)

En términos meramente históricos y religiosos, la Reforma del siglo XVI significó un deseo decidido, ferviente y entusiasta de regresar a la cosmovisión de la Biblia, una cosmovisión diferente de la que presentaba el catolicismo romano que, al menos desde el siglo IV, había ido sumando otros elementos procedentes del derecho romano, la filosofía griega y las culturas germánicas. La Reforma —como el Renacimiento— intentó pasar por alto la Edad Media y regresar a lo que consideraba una pureza primigenia corrompida desde hacía siglos. Como en el caso del Renacimiento, lo que logró no fue un regreso —imposible, por otra parte, a la Edad Antigua— sino algo distinto, pero con un enorme poder de atracción y de sugestión.

Por el contrario, la actitud de España —y por ende, de las colonias en América— hacia la Biblia no pudo ser más radicalmente distinta. Ha sido Ángel Alcalá, profesor de la Pontificia de Salamanca y del Seminario de Zaragoza, quien lo ha expresado con especial claridad al afirmar: «España no fue nunca un pueblo de la Biblia. Los poquísimos e incompletos manuscritos medievales de biblias romanceadas y las exiguas traducciones de la Escritura que vieron la luz en España en los siglos XIII al XV no autorizan a pensar que predominara en ella la tendencia de los lectores, siempre pocos por supuesto, a conocer la «palabra de Dios»<sup>1</sup>. Tras detallar cómo la hipótesis de la *Vetus latina* y algunas traducciones parciales «no invalidan esta afirmación», Alcalá concluye afirmando que «en nada ayudó, por cierto, que los Reyes Católicos, casi a la vez y por no dispares motivos, prohibieran la Biblia en lengua vulgar y decretaran para los judíos el bautismo y la expulsión». No sorprende que, a continuación, cuando Alcalá tiene que mencionar a un autor que verdaderamente amara la Biblia, tenga que citar al protestante Francisco de Enzinas.

España nunca fue, para desgracia suya, un pueblo de la Biblia. Se reafirmó en esa posición expulsando a los judíos y exterminando a los partidarios de la Reforma. El resultado no tuvo sólo consecuencias confesionales sino otras de enorme relevancia. De entrada, su visión del trabajo, a la que me referiré en este capítulo, no pudo verse más alterada.

La iglesia católica era tributaria de una visión del trabajo desvinculada de la Biblia y que Eusebio, gran defensor del constantinianismo, en el siglo IV, había descrito de la siguiente manera:

*«Dos formas de vida fueron dadas por la ley de Cristo a su iglesia. Una es sobrenatural y sobrepasa la forma de vida común... Completa y permanentemente se separa de la vida común y ordinaria de la humanidad, y se dedica al servicio de Dios solo... Esa es la forma perfecta de vida cristiana. Y la otra, más humilde, más humana, permite a los hombres... dedicarse a la agricultura, al comercio, y a otros intereses más seculares al igual que a la religión... Y una especie de piedad de segunda clase se les atribuye».*

Esa diferenciación entre trabajos más o menos santos se fue fortaleciendo a lo largo de la Edad Media con aportes como pudo ser la visión de una sociedad esclavista como la romana o la caballeresca y militar de los pueblos germánicos que tanto se imbricó en la iglesia católica y que tan poco tiene que ver con el cristianismo primitivo de Jesús y sus apóstoles. Desde luego, a inicios del siglo XVI, nadie habría discutido la existencia de trabajos más dignos y menos dignos; que ciertas ocupaciones no eran propias de los señores o simplemente de gente que se preciara e incluso que el trabajo era, a fin de cuentas, un castigo impuesto por Dios a nuestros primeros padres por su caída en el huerto del Edén. La Reforma presentó una visión radicalmente distinta del trabajo.

De entrada, el regreso a la Biblia permitió descubrir –¡más de un milenio para darse cuenta!– que Adán ya había recibido de Dios la misión de trabajar antes de la Caída y que esa labor consistía en algo tan teóricamente servil como labrar la tierra y guardarla (Génesis 2: 15). Aquel sencillito descubrimiento cambiaría la Historia de Occidente –y con ella la de la Humanidad– de manera radical. Lutero, por ejemplo, pudo escribir: «Cuando un ama de casa cocina y limpia y realiza otras tareas domésticas, porque ése es el mandato de Dios, incluso tan pequeño trabajo debe ser alabado como un servicio a Dios que sobrepasa en mucho la santidad y el ascetismo de todos los monjes y monjas». En su Comentario a Génesis 13: 13, el alemán señalaría en relación con las tareas de la casa que «no tienen apariencia de santidad, y, sin embargo, esas obras relacionadas con las tareas domésticas son más deseables que todas las obras de todos los monjes y monjas... De manera similar, los trabajos seculares son una adoración de Dios y una obediencia que complace a Dios».

Igualmente en su Exposición del Salmo 128: 2 añadiría: «Vuestro trabajo es un asunto muy sagrado. Dios se deleita en él y a través de él desea conceder Su bendición sobre vosotros». Calvino –al que se suele asociar un tanto exageradamente con la denominada ética protestante del trabajo– fue también muy claro al respecto. En su Comentario a Lucas 10: 38 afirmó: «Es un error el afirmar que aquellos que huyen de los asuntos del mundo y se dedican a la contemplación están llevando una vida angélica... Sabemos que los hombres fueron creados para ocuparse con el trabajo y que ningún sacrificio agrada más a Dios que el que cada uno se ocupe de su vocación y estudios para vivir bien a favor del bien común».

Las opiniones de los dos reformadores citados no fueron excepción. William Tyndale –que tradujo el Nuevo Testamento del griego original al inglés y murió en la hoguera por orden del rey Enrique VIII– escribió: «existe una diferencia entre lavar platos y predicar la Palabra de Dios, pero en lo que se refiere a complacer a Dios, no existe ninguna en absoluto». William Perkins, uno de los teólogos puritanos más relevantes, señalaría: «La acción de un pastor que guarda las ovejas... es tan buena obra ante Dios como la acción de un juez que dicta sentencia, o un magistrado que gobierna o un ministro que predica». Tal y como afirmaría también Perkins, la gente puede servir a Dios «en cualquier clase de vocación, aunque sea barrer la casa o guardar ganado». Otro puritano, Richard Steele, en un texto llamado de manera bien

significativa *The Trademan's Calling* (La vocación del comerciante), afirmó que en el comercio «se puede esperar de la manera más confiada la presencia y la bendición de Dios».

Para los autores protestantes, la base para llegar a esa conclusión no estaba sólo en los textos de la Biblia en general, sino, de manera muy especial, en el propio Jesús. Hugh Latimer, por ejemplo, señaló: «Es una cosa maravillosa que el Salvador del mundo, y el Rey sobre todos los otros reyes, no se avergonzara de trabajar, sí, y de emplearse en una ocupación tan sencilla. De esa manera, santificó todas las formas de trabajo». John Dod y Robert Cleaver volverían a ese tema afirmando que «el gran y reverendo Dios no despreció el comercio honrado... por humilde que fuera, sino que lo coronó con su bendición».

Desde luego, la línea estaba claramente definida y era uniforme en cualquiera de las iglesias nacidas de la Reforma. Como señalaría un panfleto publicado a finales del siglo XVII en Inglaterra con el revelador título de *Paul the Tentmaker* (Pablo, el fabricante de tiendas), el protestantismo había impulsado un deleite en los empleos seculares.

Semejante visión brillaría por su ausencia en aquellas partes del mundo donde no triunfó la Reforma. En España, por ejemplo, en 1492 se había expulsado a unos judíos que tenían una visión del trabajo idéntica a la de los protestantes puesto que, como ellos, la derivaban de la Biblia e, iniciado el siglo XVI, éstos tendrían que optar entre la hoguera o el exilio. Así, mientras se ventilaba la supervivencia de España como primera potencia de Europa, la nación siguió uncida a la idea de lo intolerable e infames que podían ser ciertos trabajos.

Sus adversarios protestantes tenían un punto de vista muy diferente y, a pesar de tratarse, en general, de naciones más pobres y pequeñas, el resultado no pudo serles más favorable.

La manera en que ambas cosmovisiones quedaron reflejadas en el arte resulta ampliamente reveladora. Mientras Velázquez pintaba figuras regias y religiosas y se tomaba un respiro con bufones y tontos, el protestante Rembrandt retrataba escenas bíblicas y también pañeros (sí, pañeros) o a los médicos en medio de una lección de anatomía, oficio este último que no dejó de recibir en España los zarpazos de la Inquisición. Eran dos cosmovisiones bien distintas y no deja de ser revelador que la vencedora fuera la nación pequeña de Rembrandt con menos hidalgos quizá, pero más entusiasmo por el comercio y el trabajo manual. Ni siquiera las sucesivas derrotas españolas provocaron un cambio de mentalidad con respecto al trabajo. En fecha tan tardía —los protestantes llevaban ya más de dos siglos y medio de ventaja en la idea de impulsar la bondad de cualquier trabajo— como el 18 de marzo de 1783, Carlos III mediante una Real Cédula intentó acabar con la «deshonra legal del trabajo». En otras palabras, como habían pretendido Lutero, Calvino o los puritanos, Carlos III señalaba que ningún trabajo honrado era deshonoroso. El intento del monarca ilustrado era excelente, pero chocaba con una mentalidad arraigada a lo largo de siglos. No es que los españoles fueran vagos como se suele repetir injustamente —y, al respecto, basta con ver el resultado que dan fuera de España— pero no creían

que el trabajo tuviera el mismo valor que le dan aquellos que nacieron y crecieron en naciones donde triunfó la Reforma protestante.

Esa mentalidad más que perjudicial sigue más que presente a día de hoy en las naciones donde no arraigó la Reforma aunque a los miembros del clero se hayan añadido supuestos intelectuales y otros personajes subvencionados. La diferencia que iba a significar perdura hasta el día de hoy.

#### **Bibliografía:**

1 Ángel Alcalá, *Literatura...*, p. 60.

2 *Idem*, *Ibidem*, p. 61.

3 Sagrario Muñoz Calvo, *Inquisición y Ciencia en la España moderna*, Madrid, 1977, pp. 179 ss.

## CREADOS PARA CREAR:

### NUESTRO TRABAJO COMO REFLEJO DE LA OBRA DE DIOS

---

**Por Dwight Vogt** (publicado en Creados Para Florecer)

Vemos que en el primer capítulo de la Biblia Dios crea el universo y la humanidad. Crear es trascender lo que existe. Dios imagina lo que debe ser y lo crea. Crea al hombre y la mujer a su imagen e inmediatamente les manda continuar la obra que Él ha comenzado.

*«Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra... Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra» (Gén. 1:26, 28; énfasis añadido).*

La versión NVI dice: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza. Que tenga dominio sobre...»

Y Génesis 2:15 sigue diciendo: «Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara [lo cultivara/lo adornase] y lo guardase [lo cuidara, lo administrara, lo mantuviera]» (énfasis añadido).

El primer mandato bíblico no fue los Diez Mandamientos, el Gran Mandamiento ni la Gran Comisión. Fue el de trabajar, cultivar, dominar la tierra. Mi colega Darrow Miller dice que Dios creó un mundo perfecto, pero no acabado. Él encomendó la tarea de completarlo a los que creó a su semejanza —los portadores de su imagen.

Dios crea y gobierna. Debido a que hemos sido creados a su imagen, hemos de crear y gobernar. Hemos de ejercer dominio sobre la creación y sobre la vida. Esto es lo que significa ser humano. El Salmo 8:5–8 (NVI) afirma: «Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies: Ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, las aves de los cielos y los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar».

Ninguna otra religión ni cosmovisión ofrece tan alto concepto de los seres humanos. Los teólogos suelen afirmar que este primer mandato es un mandato cultural. Hemos de tomar lo que Dios ha provisto y crear—crear todo lo que constituye nuestra vida sobre la tierra, es decir, crear cultura. En suma, hemos de tomar lo que Dios nos ha dado y hacer algo con ello. Hemos de hacer que el mundo sea un mejor lugar.

Nancy Pearcey, en su libro *Verdad Total*, explica por qué se denomina el mandato

cultural. La primera frase «creced y multiplicaos», significa desarrollar el mundo social: fundar familias, iglesias, escuelas, ciudades, estados, leyes. La segunda frase «llenad la tierra y sometedla», significa aprovechar el mundo natural: plantar, cultivar, construir puentes, diseñar computadoras y componer música. Este pasaje se denomina a veces Mandato Cultural porque recuerda el propósito original de crear culturas, erigir civilizaciones.<sup>1</sup>

Una de las grandes mentiras que circulan por el mundo es que el trabajo es una maldición. En consecuencia, la persona verdaderamente afortunada es la que no tiene que trabajar. Pero en toda la Escritura resulta claro que Dios también trabaja (Gén. 1:1, 31; Juan 5:17). También vemos que antes que el pecado y el sufrimiento entraran en el mundo, Dios creó el trabajo y nos dio trabajo que hacer. El trabajo encomendado por Dios no es una maldición. Conlleva dignidad y propósito divino.

El mandato de someter la tierra —hacer del mundo un mejor lugar, hacer que la vida funcione bien— es universal y trasciende la cultura. Se aplica a todos, en todo tiempo y lugar. Se aplica a los ricos, los pobres, los débiles, los fuertes, los jóvenes y los ancianos. Abarca todos los aspectos de la vida: agricultura, contabilidad, desarrollo de software, estado, educación, matrimonio, familia, cocina e incluso ocio o entretenimiento. Hemos de tomar lo que Dios nos ha dado y crear cosas buenas en todas estas esferas.

Dios no solo nos mandó gobernar y crear, nos diseñó para poder hacerlo. Él ha puesto en cada uno de nosotros aprecio por la belleza y el orden y un deseo de crear. Dé a un niño papel y lápiz e inmediatamente empezará a dibujar algo. Cuando vemos una habitación vacía nos imaginamos una manera de adornarla: una silla ahí, un cuadro acá, una lámpara más allá. Cuando vemos una palabra mal escrita o un error en una suma tratamos de corregirlo. Limpiamos. Vemos una mancha en una camisa y le aplicamos jabón y agua para quitarla. Vemos pelusa en el abrigo y la cepillamos.

Tratamos continuamente de mejorar y añadir eficiencia. Hemos sido creados por Dios para crear —mejorar, arreglar, sanar, organizar, restaurar, añadir, embellecer— para mejorar la vida y el mundo. Todo esto parece obvio y natural, pero ¿lo reconocemos como el propósito fundamental que Dios nos encomendó al ponernos sobre la tierra? ¿Vemos que esta es una tarea sagrada? ¿La estamos haciendo bien? ¿Estamos tomando todo lo que Dios nos confió, creando cosas buenas y hermosas —para otros, para nuestras familias y para nosotros mismos?

Adán no malgastó el tiempo, sino que se puso a trabajar. En Génesis 2:19–20 asume la tarea de nombrar a todos los animales. ¡No fue una tarea pequeña si tenemos en cuenta que estaba comenzando a desarrollar el lenguaje y que había miles de animales sin nombre!

En Apocalipsis 21 tenemos un ejemplo del efecto causado por el mandato de crear. Génesis 2 menciona materias primas como oro, bedelio y ónice, y en Apocalipsis

21 vemos estos mismos materiales refinados e incorporados a los cimientos y los muros de la nueva Jerusalén. Alguien extrajo estos minerales y los usó como materiales de construcción. Me parece fascinante.

## TODOS TENEMOS RECURSOS

Una de las mentiras satánicas más grandes consiste en convencernos de que no tenemos recursos. Solemos sentir que tenemos muy poco con que trabajar en comparación con otros. Pero independientemente de lo mucho o poco que tengamos, como mayordomos fieles somos llamados a reconocer, desarrollar y aplicar los recursos que Dios nos ha dado.

Incluso la persona más pobre sobre la tierra tiene el mayor recurso posible —una mente e imaginación humana—. Casi todo lo que uno tiene y disfruta en la vida es resultado del uso y desarrollo de su mente. Dios pone petróleo en el subsuelo, pero la imaginación humana crea el plástico y las prótesis de caderas, etc. A partir del oro negro. Dios pone arena en la playa, pero la mente humana la convierte en chips de silicona para fabricar computadoras y teléfonos inteligentes. Dios hace crecer el trigo, pero la mente humana creativa fabrica los croissants.

William Kamkwamba, de 14 años, vivía sumido en la pobreza en un pueblo de Malawi. Durante una grave hambruna, William tuvo que abandonar la escuela, pero no dejó de aprender.<sup>2</sup> Consultó varios libros sobre electricidad en la biblioteca de la localidad, y, valiéndose de materiales de desecho, construyó en su casa un molino generador de electricidad. Cuando otros se enteraron de su logro, pronunció una charla TED (sobre Tecnología, Entretenimiento y Diseño), y finalmente se le concedió una beca para estudiar ingeniería en una universidad sudafricana.<sup>3</sup>

Desde el hijo del granjero más pobre a la hija del banquero más rico, todos tenemos el increíble recurso de la mente y el corazón para usarlos bien. El reto consiste en usar estos dones.

## LA CAÍDA NO CAMBIÓ NUESTRA TAREA

Como dije antes, la Caída de la humanidad no anuló el mandato divino de llenar y someter la tierra. El pecado hizo que el cumplimiento de esta tarea resultara mucho más difícil, pero Dios aún desea que tomemos lo que pone a nuestra disposición y hagamos del mundo un lugar mejor.

¿Qué aspecto ofrece la obediencia a este mandamiento en un mundo caído? Pues que mi amigo lleva una contabilidad veraz y precisa para sus clientes. Que la mamá en la Uganda rural invierte sus escasos ahorros en comprar una mosquitera para proteger la cuna de su hijo. Que el alcalde y gestor de la ciudad toma decisiones correctas para mejorar la función y la habitabilidad de nuestra ciudad. Que el investigador científico que asiste a nuestra iglesia se esfuerza por descubrir la cura contra el cáncer. Que mi vecino decora el árbol de navidad con hermosas luces. Que el encargado de mantenimiento de nuestro bloque de viviendas arregla y restaura



todo lo que se rompe.

Muchos cristianos no aciertan a ver este tipo de trabajo como especialmente «cristiano». Pero al procurar el bien a este mundo y bendecir a otros, cierran filas con el plan divino. La prosperidad de una persona y de una nación depende de cuán bien trabaja la gente y crea cosas buenas —de lo bien que cumplen el primer mandamiento.

Mi colega Scott Allen lo resume de esta manera:

*La gente no es fundamentalmente consumidora, sino creadora de recursos. Dios ha bendecido a todos los seres humanos con talentos, dones y capacidades. Él espera de nosotros que los usemos para extender el jardín, para dejar este mundo magnífico mejor de lo que lo encontramos. Más productivo, más próspero. 4*

El teólogo James K.A Smith lo expresa de la siguiente manera: «Cuando Dios llamó la creación a la existencia, exclamó que era muy buena. No anunció que estuviera concluida. La creación no entra en la existencia ya acabada, con escuelas, granjas y museos de arte. Todas estas cosas reclaman ser descubiertas. Las riquezas y el potencial de la creación de Dios fueron confiados a los portadores de su imagen. Ese es nuestro llamado y nuestra comisión».5 El mandato cultural es su descripción de trabajo. Nunca ha sido derogado. Hemos de usar nuestras manos, mente, talentos y recursos, para mejorar este mundo. Por eso estamos aquí. Ese es nuestro propósito en la vida.

Hemos sido creados para crear. La obra creativa de Dios en Génesis 1 y 2 fue perfecta, pero no completa. Él delegó la culminación de la tarea a todas las personas. Dios nos mandó gobernar el mundo, crear sociedad y cultura, y propiciar el pleno florecimiento de la vida como Él la diseñó. En suma, mejorar la vida. En Génesis 3 esta tarea se distorsionó y se complicó muchísimo por causa del pecado. Pero Dios nos salva a través de Cristo para volver a realizar esta tarea —en la que cada uno desempeña un papel singular.

### **Bibliografía:**

1 Nancy Pearcey, *Verdad total: Libera el cristianismo de su cautiverio cultural* (Editorial JUCUM, 2008), 49

2 William Kamkwamba and Bryan Mealer, *The Boy Who Harnessed the Wind* (New York: Harper Collins, 2010). *El niño que domo el viento* (B de Blok, Ediciones B 2018).

3 <https://www.ted.com/participate/organize-a-local-tedx-event/tedx-organizerguide/speakers-program/what-is-a-tedx-talk>.

4 Scott Allen, «Lección 6: La Gran Comisión y la Comisión Cultural» (2015), [www.coramdeo.com](http://www.coramdeo.com)

5 James K. A. Smith, *Letters for a Young Calvinist: An Invitation to the Reformed Tradition* (Grand Rapids: Brazos Press, 2010), 109.



## VIDAS TRANSFORMADAS:

### EL IMPACTO DE UNA VISIÓN BÍBLICA ACERCA DEL TRABAJO

---

**Por Michael Baer** (autor del libro *La Empresa Como Misión*)

Htway es el menor de siete hermanos. Su familia vive en una aldea de la etnia kachin, en Myanmar, donde la pobreza es un modo de vida. Aunque no padece hambre, la familia de Htway, como las de sus vecinos, carece de artículos indispensables que mucha gente dan por sentados. Htway se entregó a Cristo cuando era adolescente. A los 21 años, había guiado a casi todos sus hermanos y a su madre a la salvación. Tal vez, por ser el primer creyente de su familia, Htway siente gran responsabilidad. Después de instruirse para abrir su propio negocio, hoy se esfuerza por servir y buscar maneras de cubrir las necesidades básicas de sus más allegados.

#### LOS KACHIN

Los kachin son un pueblo que suma aproximadamente un millón de personas y vive en el noreste de Myanmar (Birmania). Aunque fueron animistas hasta la colonización europea, los kachin cuentan con una nutrida población cristiana que profesa la religión católica o la fe evangélica (un censo del gobierno sitúa la población cristiana en el 54%). El resto de los kachin son budistas y animistas. En las últimas décadas, los kachin han sufrido persecución estatal por su fe cristiana.

Afortunadamente, esta situación se está menguando a medida que Myanmar se democratiza y los militares aflojan su férreo control sobre el gobierno. Los cristianos kachin constituyen actualmente una fuerza estratégica para el evangelio de Cristo.

Htway participa en el movimiento *La empresa como misión* (BAM, por sus siglas en inglés), que es una estrategia mundial para extender el reino de Dios en la tierra. Como quiera que la empresa es un digno llamado que puede conectar con el eterno propósito de Dios, BAM adopta formas diversas: negocios en países cerrados, fábricas u oficinas en otros países, desarrollo de microempresas... BAM no es un concepto nuevo. Es un redescubrimiento de la doctrina evangélica, pues la vida entera ha de ser vivida bajo el señorío de Cristo, ya que toda vocación es valiosa y útil en su reino. Significa un firme rechazo de la dicotomía «sagrado-secular», ya que reconoce que el lunes es tan importante como el domingo. BAM ha enviado a miles de misioneros. No habría sido así si ellos no hubiesen considerado cuán importantes son sus dones. BAM ha causado impacto en Myanmar y en otros países del mundo.

#### LLAMADOS A LA EMPRESA

Htway se involucró en un programa modelo de desarrollo de microempresas que contribuye al desarrollo. Htway se enteró de un curso que se impartía en Rangún, antigua capital del país. Se incorporó al mismo y aprendió cómo llama Dios a la

empresa y capacita para fundar negocios que proveen para la familia y ayudan a sostener iglesias. Htway sintió que Dios le llamaba a la empresa. Regresó a Rangún para completar su preparación y concibió un plan para purificar el agua de su aldea. El plan fue aprobado y financiado casi de inmediato por creyentes de otros países. Aunque, Htway es aún joven, se le respeta por el excelente servicio que la purificación de aguas ha prestado a la gente, así como por el excelente carácter que exhibe en su trabajo. Cuando habla de Cristo, la gente le escucha, y muchos aceptan la fe.

Aunque el negocio de Htway aún se está consolidando, ya provee para su familia y apunta a una futura expansión. Hay estudiantes de otras tribus que han vivido experiencias similares. Algunos residen en aldeas; otros en ciudades. Muchos forman parte de una pequeña minoría de la población. Además de la pobreza y la falta de oportunidades, se da una persecución esporádica, pero real. También, la escasez de recursos supone un desafío para la iglesia.

## EL PROYECTO JHOLDAS

El proyecto Jholdas, es un plan multinacional de desarrollo de microempresas que opera en los 27 países menos evangelizados, incluido Myanmar, en colaboración con un equipo de expatriados y nacionales para instruir operarios y crear un capital inicial para empresarios cristianos cualificados.

Los estudiantes aprenden principios bíblicos y técnicas empresariales, y reciben orientación mediante un proceso de planificación y la visita de grupos de empresarios cristianos de EE.UU., Canadá y Australia. Se evalúan los planes que se desarrollan así como quienes los diseñan. Y los considerados válidos y viables para el reino son financiados con préstamos y subsidios. Con el tiempo, casi 2.000 empresas han lanzado el proyecto Jholdas, y se han comprometido con el discipulado local. Las actividades de BAM se extienden a los birmanos de Myanmar, que constituyen la mayoría de la población del país, cuyo 99% es budista. Según el Proyecto Josué, hay más de 146 grupos étnicos en Myanmar —49 no han sido evangelizados—. De un total de 51 millones de personas,<sup>45</sup> no tienen testimonio ni iglesia permanente.

Yi se graduó recientemente después de recibir formación. Él es de etnia birmana. Su empresa proporciona instrucción y apoyo sanitario a los aldeanos de esa región del país. Además de prestar ayuda sanitaria y presentar el evangelio a sus clientes, Yi también ha comenzado una iglesia y está financiando otros ministerios con los beneficios que obtiene.

La enseñanza y práctica de principios bíblicos refleja la verdadera naturaleza de Dios y su creación. Los cristianos que usan la empresa como misión manifiestan poderosamente el amor de Dios en acción a los obreros pobres del mundo, dan ejemplo aprovechando la oportunidad para manifestar el reino de Dios en esta esfera de gran alcance. Ya sea que nuestro talento empresarial incluya la creación de ideas, la innovación de programas, operaciones financieras o administración de recursos, estos dones pueden y deben ponerse en oración y en acción. Seremos

bendecidos a medida que Dios multiplique nuestros recursos mucho más de lo que podemos imaginar.

Pidamos a Dios que los cristianos de Myanmar ayuden a paliar las necesidades del país y sientan celo por hacer discípulos; que el gobierno no interfiera en la libertad de los kachin; que el gobierno de Myanmar proteja y defienda a los cristianos y la democracia; y por unidad entre los cristianos de Myanmar de distinta procedencia étnica.

## CORAM DEO:

### MIRÁ EN LA BIBLIA Y DESCUBRÍ TU VERDADERA VOCACIÓN

*Por Darrow Miller* (publicado en Vida, Vocación y Trabajo)

Las Escrituras revelan que, luego de recibir la llamada para entrar en el reino, a cada creyente le toca cumplir una función especial para manifestarlo y extenderlo. Nos conceda Dios muchos días o pocos, debemos usarlos para descubrir y cumplir nuestra asignación particular. Nos dé «trabajo» o «desempleo», tiempos de salud o de enfermedad, la asignación continúa. Fuimos llamados por Dios y debemos rechazar la idea que tiene el mundo acerca del «trabajo»: que hay un tiempo para trabajar y otro para estar jubilado. El concepto de jubilación es extraño a la cultura bíblica. Como ciudadanos del reino de Dios y miembros del cuerpo de Cristo, somos llamados a poner pies, manos e imaginación a la oración «venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». La nuestra es una vida apasionada y no apática; de trabajo, no de ociosidad.

#### LA HECHURA DE DIOS

Si Dios hubiera optado por la pasividad o por la indiferencia, habría sucedido lo inevitable: nos habríamos perdido para siempre. Pero, como hemos explorado en Efesios 2:1-9, por iniciativa de Dios, mientras estábamos muertos, fuimos salvos por gracia, por medio de la fe. Nos ha rescatado de la muerte, restaurado y renovado. Por su gracia nos está devolviendo el propósito y el potencial que nos infundió cuando nos creó a su imagen. Pablo escribe, en asombroso contraste con la muerte que acecha fuera de Cristo: «Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica» (Efe. 2:10). Este versículo testifica, en concordancia con el resto de las Escrituras, que el trabajo es esencial para conocer la identidad y el propósito de la persona en Cristo. Trabajamos a la luz de nuestra creación y redención en Cristo.

Hay dos términos en este poderoso versículo que atraen nuestra atención, hechura y buenas obras. La palabra traducida como hechura, en griego poiema, sólo aparece en Efesios y en Romanos 1:20, de ella deriva la palabra poema.<sup>1</sup> En Romanos 1:20 poiema hace referencia a toda la creación: «por las cosas hechas» (RVR). Dios es el primer poeta. Su creación y mi vida son actos de su poiema. Mis buenas obras son habilitadas por Él y para responder a Él. Como siempre, Dios es el iniciador, el punto de arranque. Mi obra representa parte de su destreza.

La segunda palabra griega que vamos a explorar es ergon, que designa una acción o hecho en contraste con la inactividad o las meras palabras. Aparece 169 veces en el Nuevo Testamento y se usa en varias acepciones, entre otras la obra de Cristo, la obra del evangelio, la buena obra de servicio a los que padecen necesidad, y la obra realizada en un «empleo» u «ocupación».<sup>2</sup>

En el Antiguo Testamento aparece la palabra hebrea abad: trabajar o servir. Hace

referencia al trabajo que Dios ha asignado al hombre y forma parte de los ciclos comunes de trabajo-descanso del Decálogo.<sup>3</sup> Es la misma palabra que exploramos anteriormente como parte del mandato cultural dado al hombre: *abad y shamar el jardín*.

Hemos sido redimidos para trabajar, y ese trabajo, en un contexto amplio, abarca desde la «obra espiritual» a las obras de servicio y compasión<sup>4</sup> y las obras comunes encomendadas al hombre en el mandato cultural. Debemos cuidarnos de no reducir la palabra obras a un estrecho sentido espiritual. ¡Toda buena obra significa toda buena obra! También significa que el trabajo debe ser bueno —bien hecho—; se ha de hacer el trabajo con excelencia.

## PARTE DEL TODO

Si entendemos el trabajo como algo para lo fuimos creados y redimidos, lo que una vez tuvimos por mero trabajo o escalón de una carrera profesional puede llegar a formar parte de nuestra vocación. Aunque todos compartimos un propósito común, la propia vocación, el quehacer cotidiano personal, es especial. La naturaleza del singular proyecto de «amor y gracia»,<sup>5</sup> como bien calificó el Papa Juan Pablo II a cada asignación particular, fluye de la naturaleza del Creador que nos llama.

Michel Novak ha escrito:

*Cada persona tiene una vocación singular y está siendo transformada a imagen de Dios. (Tomás de Aquino dice que haría falta un número infinito de seres humanos para reflejar las infinitas facetas de la Trinidad. Cada persona refleja sólo una pequeña —aunque bella— parte del todo.<sup>6</sup>*

¡Qué imagen tan asombrosa en qué meditar! Cada uno de nosotros es un reflejo único de esta imagen infinita. Nuestra propia naturaleza, y «las buenas obras que Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica» (Efe. 2:10), están entroncadas en la misma naturaleza divina.

## EL DIOS UNO Y TRINO

Dios es una Trinidad, el Dios Uno-Unido, no el Uno-Individual (unitario). El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son personas únicas que ejercen funciones y responsabilidades especiales y que existen como tres personalidades distintas. No obstante, son igual e indivisiblemente Dios: un Dios—tres Personas. Así también, en la familia y en la sociedad más extensa hay diversidad de dones, talentos, personalidades, funciones y responsabilidades; al mismo tiempo, todos los miembros de la familia humana son iguales en dignidad y valor porque son por igual imagen de Dios. Y así como los miembros de la Trinidad se distinguen tanto por su singularidad como por su relación con la Trinidad, así también cada persona se distingue tanto individual como corporativamente.

## LA IGLESIA — EL CUERPO DE CRISTO

No hay que extrañarse que cuando Dios llamó a la iglesia, hiciera nacer una comunidad. Pablo utiliza la imagen del cuerpo de Cristo<sup>7</sup> para reflejar la unidad-diversidad de la comunidad. Y la iglesia de Cristo manifiesta sus diversas partes y funciones en la unidad de un cuerpo. Pablo describe cabalmente la manifestación del axioma fundamental de la comunidad del cuerpo de Cristo en 1Corintios 12:12-27:

*De hecho, aunque el cuerpo es uno solo, tiene muchos miembros, y todos los miembros, no obstante ser muchos, forman un solo cuerpo. Así sucede con Cristo. Todos fuimos bautizados por un solo Espíritu para constituir un solo cuerpo —ya seamos judíos o gentiles, esclavos o libres—, y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.*

*Ahora bien, el cuerpo no consta de un solo miembro sino de muchos. Si el pie dijera: «Como no soy mano, no soy del cuerpo», no por eso dejaría de ser parte del cuerpo. Y si la oreja dijera: «Como no soy ojo, no soy del cuerpo», no por eso dejaría de ser parte del cuerpo. Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿qué sería del oído? Si todo el cuerpo fuera oído, ¿qué sería del olfato? En realidad, Dios colocó cada miembro del cuerpo como mejor le pareció. Si todos ellos fueran un solo miembro, ¿qué sería del cuerpo? Lo cierto es que hay muchos miembros, pero el cuerpo es uno solo.*

*El ojo no puede decirle a la mano: «No te necesito.» Ni puede la cabeza decirles a los pies: «No les necesito.» Al contrario, los miembros del cuerpo que parecen más débiles son indispensables, y a los que nos parecen menos honrosos los tratamos con honra especial. Y se les trata con especial modestia a los miembros que nos parecen menos presentables, mientras que los más presentables no requieren trato especial. Así Dios ha dispuesto los miembros de nuestro cuerpo, dando mayor honra a los que menos tenían, a fin de que no haya división en el cuerpo, sino que sus miembros se preocupen por igual unos por otros. Si uno de los miembros sufre, los demás comparten su sufrimiento; y si uno de ellos recibe honor, los demás se alegran con él.*

*Ahora bien, ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno es miembro de ese cuerpo.*

Reflexionando en este pasaje, notamos que Dios ha orquestado las partes como Él quiso para que cumplieran su propósito especial (v. 18). Cada parte tiene que desempeñar una función única en el cuerpo; todas son indispensables (v. 22). Aunque todas ejercen distintos roles y funciones, cada parte tiene igual valor y dignidad. (vv. 24-25). Pablo hace una descripción semejante en Romanos 12:4-8 y Efesios 4:11-13.

## UNIDAD Y DIVERSIDAD DE DONES

Cristo suministra a su cuerpo una diversidad de dones. Tal como revela 1 Corintios 12:4-7, 11:

*Ahora bien, hay diversos dones, pero un mismo Espíritu. Hay diversas maneras de servir, pero un mismo Señor. Hay diversas funciones, pero es un mismo Dios el que hace todas las cosas en todos.*

*A cada uno se le da una manifestación especial del Espíritu para el bien de los demás... Todo esto lo hace un mismo y único Espíritu, quien reparte a cada uno según Él lo determina.*

En este pasaje se percibe que la referencia a la unidad-diversidad de Dios es fundamental para la unidad-diversidad en el reparto de los dones al cuerpo de Cristo. Vemos un Dios y tres Personas: el mismo Espíritu (Espíritu Santo), el mismo Señor (Jesucristo), y el mismo Dios (el Padre).

Se percibe asimismo que así como Dios creó unidad con diversidad, también estableció el principio de multiplicación de la semilla. Hay una característica orgánica en los dones que Dios nos ha concedido. Un proverbio africano nos recuerda el milagro natural de la semilla: «Se pueden contar las semillas en la fruta, pero no la fruta en la semilla». Hay una semilla en la fruta. Pero esa semilla puede producir miles de árboles, millones de frutos, indefinidamente.

Vemos este efecto multiplicador en la dispensación de los dones: distintas clases de dones se multiplican a través de distintas clases de servicio y distintas clases de operaciones. Un don particular concedido a un individuo tendrá distinta forma de servicio que el mismo don en otra persona. La aplicación del ministerio producirá diferente impacto en distintos ambientes debido a la singularidad de cada contexto.

Aunque cada don puede producir una infinita variedad de efectos, todos los dones individuales son concedidos para el bien común (1 Cor. 12:7). Los dones deben usarse no para obtener una diversidad de beneficios individuales, sino para beneficio de todo el cuerpo. El mismo hincapié se hace en Efesios 4:11-13:

Él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; y a otros, pastores y maestros, a fin de capacitar al pueblo de Dios para la obra de servicio, para edificar el cuerpo de Cristo. De este modo, todos llegaremos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a una humanidad perfecta que se conforme a la plena estatura de Cristo.

Estas singulares vocaciones de líderes «en» la iglesia fueron concedidas para que ésta funcionara en el servicio, para que se estableciera la unidad, la madurez, y la plenitud del cuerpo de Cristo. Como hemos mencionado anteriormente, estos dones de liderazgo son funciones únicas pero no superiores a los otros dones dados



al cuerpo de Cristo. A su vez, una iglesia sana no existe para sí misma. Existe para ser instrumento de sanidad en un mundo quebrado.

## DIOS HABITA EN LO ORDINARIO

Como miembros del cuerpo de Cristo podemos entendernos a nosotros mismos, cómo nos relacionamos con otros y las necesidades que nos topamos en el mundo.

El Papa Juan Pablo II dijo que cada uno de nosotros tenemos «un hueco en el corazón de Dios y en la historia de la humanidad» y que apoyados en este hecho cada uno es capaz de prestar una contribución «personal e irreemplazable al progreso de la humanidad por la senda de la justicia y la verdad».8 ¿Cree usted que tiene su propio hueco reservado en el corazón de Dios y en la historia? ¿Cree usted que Dios le ha capacitado y llamado a hacer una contribución irreemplazable? ¿Puede usted oír verdaderamente lo que el apóstol Pablo dice acerca de su posición en el cuerpo de Cristo? Escuche otra vez: «En realidad, Dios colocó cada miembro del cuerpo como mejor le pareció» (1 Cor. 12:18). Su parte en el cuerpo es legítima y necesaria. Dios no sólo crea lo que llamamos ordinario —las flores del campo, las estrellas del cielo, el aliento que respiramos y todas las demás cosas que son milagros ordinarios— sino que también habita en lo ordinario, actúa en y a través de cada hombre y cada mujer. Vemos a través de las Escrituras y de la historia que Dios usa a pastores y amas de casa, zapateros y campesinos, para conformar la historia. Dallas Willard capta este punto diciendo: «Es obvio que el bien guardado secreto de lo “ordinario” fue hecho receptáculo de lo divino, un lugar donde fluye la vida de Dios».9

Dos de mis ejemplos favoritos son del Antiguo Testamento. El profeta Jeremías escribe:

*Recorran las calles de Jerusalén,  
observen con cuidado,  
busquen por las plazas.  
Si encuentran una sola persona  
que practique la justicia y busque la verdad,  
yo perdonaré a esta ciudad. (Jer 5:1)*

Sorprende pensar que Dios esté buscando una persona, no 10.000 ni 1.000 ni 100, ni siquiera 10. Él puede trabajar y trabajará con una sola persona. Pero tenga en cuenta que no es sólo cosa de un cuerpo que respira; es una persona que «se conduce honestamente y busca la verdad». Hallamos una imagen similar en Eclesiastés 9:13-18:

*También vi en este mundo un notable caso de sabiduría: una ciudad pequeña, con pocos habitantes, contra la cual se dirigió un rey poderoso que la sitió, y construyó a su alrededor una impresionante maquinaria de asalto. En esa ciudad había un hombre, pobre pero sabio, que con su sabiduría podría haber salvado a la ciudad, ¡pero nadie se acordó de aquel hombre pobre!  
Yo digo que «más vale maña que fuerza», aun cuando se menosprecie la*



*sabiduría del pobre y no se preste atención a sus palabras.  
 Más se atiende a las palabras tranquilas de los sabios  
 que a los gritos del jefe de los necios.  
 Vale más la sabiduría  
 que las armas de guerra.  
 Un solo error  
 acaba con muchos bienes.*

¡Qué hermosa imagen! Dios usó a un hombre pobre y desconocido para salvar a una ciudad contra un rey poderoso y su asedio. La sabiduría y las palabras tranquilas son más importantes que las armas de guerra y los «gritos» de los poderosos. Dios puede usar incluso a las personas aparentemente más insignificantes, cuyos nombres el mundo no reconoce, para reformar su comunidad o incluso el mundo.

El teólogo británico F. W. Farrar (1831-1903) capta la maravilla del uso divino de lo ordinario cuando escribe:

*Hay una grandeza en los nombres desconocidos, una inmortalidad en las obligaciones silenciosas, realizables por los seres más insignificantes de la especie humana; y cuando el Juez invierta las mesas muchos de estos últimos serán los primeros... Llenar un pequeño hueco porque Dios lo desea; proseguir alegremente una oscura ronda de pequeñas obligaciones y pequeñas ocupaciones; aceptar sin murmurar una posición humilde; ser incomprendido, tergiversado, difamado, sin emitir queja; celebrar las alegrías de otros cuando el corazón está doliente; —desterrar toda ambición, todo orgullo y toda inquietud, por mero respeto a la obra del Señor. Hacer esto durante toda una vida es un gran esfuerzo, y el que lo consigue es mayor héroe que aquel que por una hora reduce una brecha, o por un día avanza intrépidamente entre las ráfagas de metralla del frente de batalla. Sus obras le siguen. Podrá no ser un héroe para el mundo, pero es un héroe para Dios.<sup>10</sup>*

Los signos de éxito y grandeza que el mundo reconoce no es lo que Dios busca. Pablo, en un tiempo feroz enemigo de la cruz de Cristo, muestra las credenciales de los llamados a servir en su reino:

*Hermanos, consideren su propio llamamiento: No muchos de ustedes son sabios, según criterios meramente humanos; ni son muchos los poderosos ni muchos los de noble cuna. Pero Dios escogió lo insensato del mundo para avergonzar a los sabios, y escogió lo débil del mundo para avergonzar a los poderosos. También escogió Dios lo más bajo y despreciado, y lo que no es nada, para anular lo que es, a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse. Pero gracias a él ustedes están unidos a Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho nuestra sabiduría —es decir, nuestra justificación, santificación y redención— para que, como está escrito: «Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe en el Señor.» (1 Cor. 1:26-31)*

El criterio de Dios es muy distinto del criterio del mundo. Él escoge a lo necio y lo débil y a los de baja estima. Escoge a personas que tienen poca importancia a los ojos del mundo para su obra. ¿Por qué? Porque la fuerza de Dios se manifiesta mejor a través de siervos humildes.

Imagínese una vela dentro de un jarrón de barro. La luz se cuela por entre sus grietas. De manera similar, la gloria de Dios brilla más a través de los simples, los débiles, y los humildes. Pablo lo detecta en su propia vida. Dice en 2 Corintios 12:9-10:

*Pero él me dijo: «Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad». Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo. Por eso me regocijo en debilidades, insultos, privaciones, persecuciones y dificultades que sufro por Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.*

En su ungido sermón «Cumpló los requisitos», mi amigo y pastor de la Iglesia Faro de Nairobi, Don Matheny, declara:

*La Biblia es un relato de individuos comunes y corrientes usados por Dios para hacer lo extraordinario: hombres y mujeres que por su apariencia y según las normas naturales parecían sumamente inadecuados para emprender la tarea para la que fueron llamados o escogidos. Sin embargo, Dios los consideró aptos para el propósito o la posición; por lo tanto, fueron herramientas poderosas en su mano. Las Escrituras refieren el caso de un muchacho que era pastor y llegó a ser el más insigne guerrero y rey de Israel. Un simple copero levantó el ánimo de toda una ciudad para reedificar los muros derribados en la guerra décadas atrás. Un hombre en su juventud asesinó a otro y, a pesar de todo, fue levantado para librar al pueblo de Dios de Egipto después de 400 años de amarga esclavitud y penalidades. Esos individuos fueron capacitados por el mismo Dios.*

*Es menester recordar que los grandes hombres y mujeres de Dios de todas las épocas tuvieron imperfecciones, defectos, faltas y fallos. Moisés tartamudeaba. Sara se reía. Gedeón probó a Dios con el vellón. Jonás estaba resentido. Pedro maldecía. Tomás dudaba. No obstante, todos ellos fueron escogidos y llamados por Dios, y por eso, cualificados para hacer proezas en su nombre. Hay que comprender que la capacitación no se basa en la realización o la producción. Se basa en la posición. Dios no usa un hombre apoyado en sus propios logros. Siempre usa al hombre que se encuentra más cercano a Él.<sup>11</sup>*

Captemos una vez más la maravilla de lo ordinario, cómo usa Dios personas comunes de maneras extraordinarias, en la epístola del apóstol Pablo a la iglesia de Corinto:

*Más bien, en todo y con mucha paciencia nos acreditamos como servidores de Dios: en sufrimientos, privaciones y angustias; en azotes, cárceles y*

*tumultos; en trabajos pesados, desvelos y hambre. Servimos con pureza, conocimiento, constancia y bondad; en el Espíritu Santo y en amor sincero; con palabras de verdad y con el poder de Dios; con armas de justicia, tanto ofensivas como defensivas; por honra y por deshonra, por mala y por buena fama; veraces, pero tenidos por engañadores; conocidos, pero tenidos por desconocidos; como moribundos, pero aún con vida; golpeados, pero no muertos; aparentemente tristes, pero siempre alegres; pobres en apariencia, pero enriqueciendo a muchos; como si no tuviéramos nada, pero poseyéndolo todo. (2 Cor. 6:4-10)*

**Hemos sido creados para hacer historia. Para cumplir con un destino en un tiempo y lugar para los que ningún otro ha sido creado. Hemos de insertar nuestras vidas ordinarias en la llamada extraordinaria de Dios.**

**Comentando a Miqueas 6:8 —¿Qué espera el Señor de ti? «Practicar la justicia, amar la misericordia, y humillarte ante tu Dios»—, mi amigo, el educador y pastor Dr. George Grant describe el uso que Dios hace de personas corrientes para conformar el destino de las naciones:**

*Al fin y al cabo, el futuro de nuestra cultura no depende de mesías políticos o soluciones institucionales. Tampoco depende de la aparición de algún destacado conferenciante o líder inspirador. El futuro de nuestra cultura depende, más bien, de creyentes comunes que estén dispuestos a exhibir vidas de justicia, misericordia y humildad delante de Dios.<sup>12</sup>*

**No sólo hay poder en las vidas ordinarias, también lo hay en los días corrientes. La Batalla del Bulge, que marcó el extraordinario viraje de la Segunda Guerra Mundial en Europa, tuvo lugar en el contexto de un día más de guerra. Philip Yancey, en un artículo aparecido en Christianity Today, reflexiona en un reportaje especial de televisión que entrevistó a sobrevivientes de la guerra europea:**

*Los soldados recuerdan cómo pasaban un día normal. Uno estaba sentado en su trinchera todo el día; cuando (acaso una o dos veces) algún tanque alemán acertaba a pasar por allí, disparaba contra él. Otros jugaban a las cartas y malgastaban el tiempo. Unos pocos se involucraban en cruces feroces de fuego. En general, aquel día transcurrió como otro día cualquiera para un soldado de infantería en el frente. Después, se enteraron de que acababan de participar en uno de los mayores y más decisivos combates de la guerra, la Batalla del Bulge. No pareció decisivo a ninguno de ellos en aquel momento porque ninguno tenía la perspectiva completa de lo que estaba aconteciendo a escala global.*

*Las grandes victorias se ganan cuando la gente ordinaria ejecuta sus tareas asignadas. Una persona fiel no se plantea cada día si tiene ánimo suficiente para seguir las órdenes del sargento o si va a desarrollar un trabajo aburrido. Ejerce la fe respondiendo a la tarea que tiene por delante.<sup>13</sup>*

Dejemos que la extraordinaria heroína estadounidense ciega, sorda y muda, Helen Keller explique en sus propias palabras el poder y la importancia de una vida ordinaria. Algunas personas habrían dicho que Keller era «subnormal». En una cultura como la del Tercer Reich habría sido tildada de «una vida indigna de ser vivida». Pero Keller escribe:

*Yo anhelo llevar a cabo un cometido grande y noble, pero mi principal obligación es realizar las tareas humildes como si fueran nobles y excelsas. El mundo se mueve no por los fuertes empujones de sus héroes, sino gracias a la acumulación de empujoncitos leves de cada trabajador honesto.<sup>14</sup>*

¿Qué ilustra todo esto? Sencillamente, que Dios usa a las personas comunes y corrientes en el lugar ordinario que ellas habitan para moldear el destino de las naciones. Su vida cuenta para algo en este mundo desolado. Dios le ha creado para ser un hacedor de historia. Usted ha sido llamado a jugar un papel único en el despliegue del reino de Dios.

## EL REY Y SU OBRA

Hemos inspeccionado la extraordinaria importancia del trabajo humano ordinario. Veamos ahora por un momento la importancia ordinaria de la vida humana más extraordinaria, la del Dios hecho hombre, Jesucristo.

Cuando el Dios del universo vino a la tierra y se hizo carne humana, ¿cómo vino? Podría haber venido como una figura política —rey, faraón o emperador—. Podría haber venido como sacerdote, afirmando la superioridad del trabajo espiritual. Podría haber nacido en un palacio en una ciudad de categoría internacional como Atenas o Roma. ¿Cómo decidió venir? Nació en un país que hoy sería considerado en vías de desarrollo, ocupado por un ejército extranjero. Dios vino en carne humana; nació en el seno de una familia ordinaria de una mujer pobre del oprimido pueblo judío. Su primera cama fue un pesebre; su primer hogar fue un establo. El Dios del universo escogió nacer en una familia común de clase trabajadora para ser un obrero manual, un carpintero.

Sabemos que Jesús fue y es un rey siervo. Él es Rey de reyes y Señor de señores, sin embargo, como Marcos 10:45 afirma: «El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos». La imagen completa de Dios fue revelada en Cristo por medio de su servicio; aunque su obra esencial fue procurar nuestra salvación, llevó a cabo ese trabajo en el contexto de una vida común hace dos mil años, a través de varias vocaciones. Fue un carpintero que construyó muebles y enmarcó puertas y ventanas; maestro que enseñó a niños y adultos; «trabajador de salud pública» que repartió salud emocional, espiritual y física.

Dios es un Dios que trabaja. Actúa directamente en la historia, y actuó claramente en Cristo durante sus treinta y tres años en la tierra. También trabaja en las vidas de los creyentes que trabajan. La amplitud de su trabajo es inmensa.

Una de las heroínas de nuestra fe, la misionera y sabia gestora en la India, Amy Carmichael, ha captado la relación entre el trabajo de Dios y el nuestro. En *Amma: The Life and Words of Amy Carmichael* (*Amma: Vida y palabras de Amy Carmichael*), la autora Elizabeth R. Skoglund cita a Carmichael. He aquí un extracto de sus palabras y fragmentos correspondientes de las Escrituras:

*«¿Qué trabajo hace usted? Cualquiera que sea, el Señor, el Rey, ya lo ha hecho antes, y usted habita con Él para que su trabajo...*

*«¿Es su trabajo proteger, consolar y fortalecer? ('Antes fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos'. (1 Tes. 2:7, RV-1960)*

*«Como madre que consuela a su hijo, así os consolaré yo a vosotros, dice el Señor...*

*«¿Trabaja usted cosiendo?*

*«Dios el Señor hizo ropa de pieles para el hombre y su mujer, y los vistió...*

*«¿Trabaja usted en la cocina, encendiendo fuegos por la mañana temprano, preparando comida para otros?*

*«Al despuntar el alba Jesús se hizo presente en la orilla, pero los discípulos no se dieron cuenta que era él. Al desembarcar, vieron unas brasas con un pescado encima, y un pan. —Venid a desayunar— les dijo Jesús. (Juan 21:12)...*

*«¿Trabaja usted en la enfermería, vendando heridas?*

*«Él sanó a los quebrantados de corazón, y vendó sus heridas...*

*«¿Trabaja usted de contador, enseñando o aprendiendo aritmética, o nombres de cosas difíciles de recordar?*

*«Él cuenta el número de las estrellas; las llama por sus nombres. Él tiene contados aun los cabellos de vuestra cabeza...*

*«¿Trabaja usted criando ganado?*

*«Él apacentará su rebaño como un pastor: Tomará a los corderos en brazos y los llevará en su regazo...*

*«Él ha hecho el trabajo que usted está haciendo. Usted habita aquí con el Rey para hacer su trabajo de Él.15*

Como Amy Carmichael reconoció, Dios ha hecho el trabajo que nosotros estamos haciendo. Él nos proporciona un arquetipo básico para todas las vocaciones legítimamente morales. Él fue el Primer Agricultor, el Sanador Divino, el Ingeniero Hidráulico, el Contador, El Inversor/Empresario.<sup>16</sup> La naturaleza de Dios fue modelada y manifestada en Cristo a través de las Escrituras. Cristo es el comunicador, el perito

agrícola, el obrero de la construcción, el sanador y el empresario. El ser humano más extraordinario de la historia, Jesús de Nazaret infundió dignidad a lo que el mundo califica de manual. Él se glorió en lo ordinario y lo glorificó.

El experto en el Nuevo Testamento y autor Paul S. Minear (1906-2007) escribió acerca del impacto que provocó el Dios del universo al encarnarse como un humilde carpintero:

*Un efecto que ello provocó fue el conceder a los trabajadores de todos los ramos una genuina igualdad delante de Dios y una genuina importancia en la vida de la comunidad... Ningún trabajo manual estaba en sí mismo por debajo de la dignidad del profeta, sacerdote o rey. En realidad, Dios escogió a un joven y humilde pastor como rey y a un carpintero desconocido como Mesías.<sup>17</sup>*

Dallas Willard capta también la esencia de Cristo y la vocación:

*Si Él viniera hoy como lo hizo ayer, llevaría a cabo su misión ocupándose en cualquier oficio decente y útil. Podría ser administrativo o contador en una ferretería, técnico reparador de computadoras, banquero, editor, médico, camarero, maestro, agricultor, técnico de laboratorio u obrero de la construcción. Podría dirigir una tintorería o un taller de automóviles.*

*Es decir, si Él volviera hoy bien podría hacer lo mismo que usted. Podría vivir en su mismo piso o casa u ocupar su puesto de trabajo.<sup>18</sup>*

Cristo desea habitar el mundo por medio de su pueblo donde éste vive y trabaja. Como cristiano, no soy discipulado para hacer «cosas espirituales» como una vocación superior o a complementar mi «trabajo secular». No. Debo aprender a vivir toda mi vida como Jesús quiere que viva, en la casa y en la vocación que me ha dado. Una vez más Dallas Willard ha captado este sentido:

Estoy aprendiendo de Jesús a vivir mi vida como Él la viviría si fuera yo. No estoy aprendiendo necesariamente a hacer todo lo que Él hizo, pero sí a hacer lo que hago de la manera que Él hacía todas las cosas.<sup>19</sup>

El Dios del universo caminó por el jardín con nuestros primeros padres Adán y Eva. Encargó a Moisés construir un tabernáculo porque quería «habitar entre» su pueblo.<sup>20</sup> En Cristo, «la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros».<sup>21</sup> Ahora desea habitar en medio de las naciones a través de su iglesia.<sup>22</sup> Yo tengo que aprender de Jesús cómo viviría Él mi vida, para que Él esté sustancialmente presente en mi lugar de trabajo y donde resido. Yo he de ocupar el territorio y el tiempo de mi vida por Jesucristo.

El hermano Lorenzo (1614-1691), autor del clásico *La práctica de la presencia de Dios*, capta este enfoque al decir: «Nuestra santificación no depende tanto de un



cambio de actividad como de hacer las cosas para Dios y no para nosotros mismos».23 Ya no se trata de mi trabajo, sino del trabajo de Dios. No es algo que yo haga simplemente para sobrevivir o acumular riqueza o poder. Mi trabajo es donde se establece su reino, donde se cumple su voluntad. Lo ordinario es vivificado en lo sagrado.

Como hemos visto en esta parte del viaje, Cristo nos ha salvado para más que «ir al cielo». Aunque hemos sido salvos para el cielo, también lo hemos sido para la tierra; hemos sido salvos para servir a Cristo e implantar su reino en la tierra como ya lo está en el cielo.

Hasta aquí hemos visto tres cosas esenciales. La primera, hemos sido salvos con un propósito y ese propósito es nuestra vocación existencial. La segunda, esta llamada es una llamada general a todos los cristianos para adorar a Dios, amar al prójimo y administrar la creación. La tercera, cada uno fue creado para una vocación particular, y a él o a ella le toca singularmente descubrirla y vivirla.

### Bibliografía:

1. Enhanced Strong's Lexicon, s.v "poiema."
2. Por ejemplo, la palabra *ergon*, en Mat. 11:2 y Lucas 24:19, alude al trabajo (obras) de Cristo; la obra del evangelio en Juan 6:27–29 y Fil. 2:30; la buena obra de servicio a los necesitados en Mat. 5:16, Col. 1:9–10; y al «empleo» u «ocupación» en Marcos 13:34; Juan 4:34; 17:4; Hechos 13:2; y 1 Tes. 5:12–13.
3. Colin Brown, ed., *The New International Dictionary of New Testament Theology*, vol. 3 (Grand Rapids: Zondervan, 1979), 1147–1151. Por ejemplo, véase Gén. 2:15; Éxo. 20:9; Deut. 5:13.
4. Véase Mat. 25:34–40; Luc. 10:25–37; Efe. 4:12.
5. Papa Juan Pablo II, Mensaje del Santo Padre con motivo del XXXV día internacional de oración por las vocaciones, 3 de mayo, 1998, [http://www.vatican.va/holy\\_father/john\\_paul\\_ii/messages/vocations/documents/hf\\_jp-ii\\_mes\\_24091997\\_xxxv-voc-1998\\_en.html](http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/messages/vocations/documents/hf_jp-ii_mes_24091997_xxxv-voc-1998_en.html) (visitado el 27 de mayo, 2009).
6. Michael Novak, *Business as a Calling: Work and the Examined Life* (New York: The Free Press, 1996), 34.
7. Rom. 12:4–5; Efe. 1:22–23; 4:12–13.
8. Papa Juan Pablo II, Mensaje del Santo Padre con motivo del XXXV día internacional de oración por las vocaciones.
9. Dallas Willard, *The Divine Conspiracy: Rediscovering Our Hidden Life in God* (San Francisco: HarperSanFrancisco, 1998), 14.
10. Frederic W. Farrar, *The Fall of Man and Other Sermons* (London: Macmillan and Co., 1878), 210–211, <http://books.google.com/books?id=A3Q3AAAAMAAJ>.
11. Escuché este sermón —“¡Estoy capacitado!”— de Don Matheny en una copia que él me dio en una conferencia para pastores de iglesias célula en mayo, 2003, en

Ciudad del Cabo, Sudáfrica. Matheny es pastor de la Lighthouse Church en Nairobi, Kenya.

12. George Grant, *The Micah Mandate: Balancing the Christian Life*, 2nd ed. (Nashville: Cumberland House Publishing, 1999), 25.

13. Philip Yancey, "Living with Furious Opposites," *Christianity Today*, September 4, 2000, [www.christianitytoday.com/ct/2000/september4/4.70.html](http://www.christianitytoday.com/ct/2000/september4/4.70.html).

14. H. Lyndon Kilmer, *Helen Keller* (New York: Skillen and Fortas, 1964), 194, citado por Grant, *The Micah Mandate*, 250.

15. Elizabeth R. Skoglund, *Amma: The Life and Words of Amy Carmichael* (Grand Rapids: Baker Books, 1994), 110–112.

16. Gén. 2:9; Éxo. 15:26; Gén. 1:6–9; Deut. 25:13–16; Luc. 19:12–13, 15.

17. Paul S. Minear, "Work and Vocation in Scripture," en *Work and Vocation: A Christian Discussion*, ed. John Oliver Nelson (New York: Harper, 1954), 32–83.

18. Willard, *The Divine Conspiracy*, 14.

19. *Ibid.*, 283.

20. Éxo. 25:8.

21. Juan 1:14.

22. Mat. 28:19–20; Juan 17:15–18; Efe. 2:22.

23. Brother Lawrence [Nicholas Herman], *The Practice of the Presence of God* (Springdale, Pa.: Whitaker House, 1982), 20. Versión en español, *La práctica de la presencia de Dios* (Editorial CLIE, Barcelona, 1984).



**MANOS**

UNA MIRADA  
BÍBLICA SOBRE  
EL TRABAJO

**A LA**

**OBRA**